

Más allá del horizonte

By Lucía Galleno-Villafán

1

Al alba está ahí, en el rincón entre la puerta y la cómoda que me regalaron mis padres, observando vigilante mis ojos semiabiertos, pesados y reseco por el desvelo que causa el recuerdo de un momento, de una frase repentina insospechada, una flecha venenosa hecha con bilis. En un acto defensivo disparé para lastimar a mi oponente, un hombre a quien quería solo para mí. No busqué causarle la muerte y sin embargo no vive más entre nosotros, pero viene desde otras latitudes a visitarme.

No puedo descansar, controlado por mis dudas y miedos y la esperanza en lo imposible. Prisionero de Insomnio y acompañado de Nocturna, su carcelaria, quien demanda mi atención deslizándose y arrastrando su cola fina y punteaguda sobre las paredes amarillas de mi habitación, colgándose de la lámpara central como un murciélago, me amenaza con sus ojos iracundos mostrando sus dientes disformes y castañeando sus decididas y gruesas mandíbulas. Le gusta observarme a lo largo de la noche, luchar con las paredes, hablarle al techo, descubrirme, tirar y recoger mis mantas, volver a cubrirme como si se tratase de una danza ritualística sin fin. He contado novecientas cincuenta y seis noches con ella, la veo asegurarse de que mis ojos pesados y reseco no se cierren. A veces abre sorprendida sus tristes ojos violáceos para decirme que nos parecemos. Cierro mis ojos para no verla y me pregunta como quien pregunta la hora «¿lo recuerdas?» «¿Piensas que volverá?». Me engancha en el recuerdo nuevamente, en el último momento juntos en la playa, en la fantasía del pasado, en la ilusión de mis sueños por entonces, en las conversaciones y juegos intrascendentes, en esta realidad sin él. Nocturna me conduce a mi yo vencido que se espacia dentro de mí, me da los buenos días. Cuando la increpo por sus preguntas, sonrío abatida, angustiada, preocupada, como si quisiera arrancarse a plañir; otras veces se encoleriza y con rabia tira libros sobre la mesa de noche, la lámpara, todo lo que encuentre alrededor. Sus dientes mastican uno de los libros de Fiódor Dostoyevski que me mantienen con vida, *Memorias del subsuelo*. «¿Quieres?» «Estás horripilante», me dice. Desciendo al limbo de la vida cada vez que Nocturna me recuerda que deseé que mi amante desapareciera. Me ha alejado de los amigos. Cuando llaman, ella levanta el teléfono y se queda escuchando las voces que repiten mi nombre para saber cómo estoy, parece gustarle ese mundo vibrante del otro lado del auricular al que no pertenece ni conoce. Siento mi boca pastosa, la lengua pesada incapaz de modular sonidos, los labios cerrados y tensos revelan mi desgano por vivir. Escucho el fragor del mar abrir la última tarde que pasamos juntos. Estamos en la playa disfrutando la aventura de dos hombres distintos, sin saber quiénes somos más allá de las palabras. Percibo el sabor de las circunstancias, los pormenores, el atardecer, la brisa marina, me observo amenazándolo y entonces todo empieza a girar presurosamente como si estuviera dentro del ojo de un tifón. Quiero escapar, salir de mis recuerdos. Respiro e intento calmar mi angustia flotando en la atmósfera lunar. Nadie me ve ni escucha, ni un dios, ni amigos.

Me alejé de quienes quería y me querían, confiaban en mí. Cuando llaman, me quedo escuchando sus voces que repiten mi nombre para saber cómo estoy, pero desmejorado por las noches de insomnio me siento sin fuerzas, además, «no hay nada de qué hablar.» A veces como lo que pueda costearme con los pocos ingresos de reserva que me quedan. Le debo seis meses al panadero, quien me trae paltas cuando estoy enfermo. Cuando me miro en el espejo encuentro el vacío oscuro de la noche. Hace meses que no salgo a las exhibiciones de arte ni trabajo en mi

taller enseñando y compartiendo técnicas de dibujo, pintura y conversando con jóvenes y mayores sobre el arte del buen vivir. Nocturna no dice palabra ni me deja que lo haga. Me gusta cada vez más su crueldad, aunque también la detesto. El padre del hombre a quien le deseé que desapareciera es el más insistente, me crea cierta sospecha el hecho que quiera que salgamos a conocer el trabajo de nuevos artistas en litografía y acuarelas y escultores, y que después cenemos en el restaurante que yo escoja. Su esposa también vendría con nosotros para celebrar la vida y a su hijo. Podrían estar tan mortificados por la pérdida de su hijo que quieran asesinarme, envenenarme en un lugar público frente a un delicioso plato de comida. «¿Qué podría pedir ante este escenario antes de mi hora final?». Nocturna se cansa de mí y me deja hasta que vuelva a entrar la noche.

2

Otro día igual. Lo espero, sin importar el tiempo que demore. Debe estar surfeando en aquellas olas que lo revuelcan, me aseguró que veía una que salía muy al atardecer. A esa fue a perseguir aquel atardecer de donde aún no regresa. Decía que su cresta platinada se extendía por lo menos un par de kilómetros, era un monstruo de ola que divisaba a la distancia, «la montaré», me dijo y corrió a perseguirlo dejándome con su botella con un poco de cerveza todavía. Minutos antes bebíamos la que sería la última cerveza helada. La sirvió don Juanito, un pescador entre tantos otros, que vivía precariamente en el cementerio marino de barcas de madera carcomidas por el mar y el tiempo. Tenía cuarenta y cinco años, pero aparentaba mucho más. El mar había arrastrado a su mujer como levanta los caracoles y piedras haciéndolos rodar para tragárselos mar adentro. Los padres ¡qué felices juegan al fútbol con sus sonrientes pequeñines! Ahí va uno corriendo tras la pelota, mientras las olas se la llevan. ¡Se la llevan, se la llevan, corre! «Atrápala», le grita el padre cándido, incauto; corren dos piececitos alegres hasta no vérselo más. ¡Qué olas traicioneras! Trato de mantenerme sereno ante esto, pero la tristeza de los padres me destroza el alma y me agobio con llanto imparable como si estuviera pasando otra vez. ¡Basta, basta! Ahogo un grito desesperado que intenta salir y mis lágrimas brotan sin control. Los recuerdos arremeten con su fuerte oleaje golpeándome, arrastrándome con ellos. No puedo respirar, me duele el pecho, no puedo controlarme.

Superado con esfuerzo el recuerdo de los que en paz descansan y el de los padres que deambulan ojerosos por la vida, encapsulados en la pena del duelo como yo, organizo una lista de minúsculas metas que podrían sacarme de esta deplorable postración en la que me encuentro. Por ejemplo, a las siete y media de la mañana me preparo para él, ilusionado y desnudo, libre de toda carga. Después de darme una ducha, cuelgo mi bata verde esperanza sobre mis hombros creyéndome François Civil en su papel de d'Artagnan, el buen amigo de los tres mosqueteros. Camino hacia el ventanal y curioso; no lo veo acercarse, y no me importa esperar una, dos, tres horas o cuantas sean necesarias. Creo que hoy sí llegará a la cita de cada mañana, pero como las otras, esta podría también terminar de a uno. Tomo un café azucarado para endulzarme la vida, pero no logro engañarme. Lo sé y me río alimentando mi pena. Pienso en las gaviotas moribundas que se aíslan.

Escucho las olas, se repliegan, extienden sus brazos y embisten contra el acantilado, ruedan y chocan las piedras rugiendo la bravura ondisonante del mar «ah, ah, ah, mi melancolía se desfonda», pero el aroma de los panes franceses que ha colgado el panadero en la puerta trasera entra en mi ritual matutino. Me espabila y arranca por unos minutos de mi oscuridad transportándome a la realidad del sabor, al goce, y frescura del aroma del ahora. La masa horneada del pan francés le da una tregua a mi dolor y me regala un hilo de calma y esperanza. Abro la puerta trasera de la cocina y tomo la bolsa semiabierta que deja el panadero. Me preparo un pan con palta y dos con gruesas fetas de mantequilla salada como si fueran lonchas de

fiambre creyendo que mi contextura todavía algo atlética no variará con los años, pero eso es mentira. He visto lagrimear a muchos como yo, que se transformaron en inmensas barrigas andantes. Las caras rechonchas de los panes me incitan a mordisquearlos.

Mañana me dejará el panadero otros panes calientes como cada día, le indicaré que quite uno la próxima semana hasta que le vuelva a notificar una nueva cantidad. Los panes traen luz a mi vida por unos minutos, me gustan los más crujientes para engullirlos en sándwiches. Son un baile para el espíritu. Me sirvo otra taza larga de café para pasar las horas acompañado, observando a la distancia a la gente llegar e irse de la playa. Llevo el periódico al balcón para ojear los titulares y tomarle el pulso al país alicaído, casi sin presión arterial, como yo. Me quiero liberar de esta depresión, pero no me dejará tan fácilmente después de vivir juntos cerca de mil noches desde que él desapareció.

—¡Cuántas contrariedades sociopolíticas, malos manejos económicos y corrupción que engrilleta el potencial humano! ¡Qué imbecilidad! ¡Baratas discordias políticas! ¡Décadas de engaño! ¡Tanto sin sabor nacional que nos ha convertido en una nación de sonámbulos con el caos, las dictaduras, el terrorismo y las democracias débiles! Te preguntas, «¿quién sería yo sin esta aflicción! ¿Cómo se vive en un país decapitado?», le preguntas al diario.

—¿Y el oxígeno? ¿dónde hay oxígeno? ¡Tan caro y buscado!

A todos nos falta oxígeno y mucho más cuando perdemos a un amante, piensas en él, una punzada te corta la respiración por un segundo. Eres una gaviota desplumada tomando sol tratando de romper el largo duelo que arrastras como si fuera una cadena. ¡Viva el verano!, pruebas alegrarte. Escuchas las bocinas de los heladeros armando la algarabía de los playeros, compitiendo entre ellas y llamando a la gente, se acercan las carretillas amarillas y otras blancas, vienen bajando de los acantilados hasta llegar a la caleta. La gente aplaude. Gente de todo color de piel los llama, mientras que otros juegan en el mar contentos. Una parejita se salpica agua riendo pícaramente sobre quién sabe qué, unas abuelas se mojan solo los pies porque temen a esas masas de agua regordetas y frías que las hacen saltar de miedo llenándolas de espuma. Las olas las invitan a adentrarse, «sígueme, vamos un poquito más allá, otro pasito, y otro más grande, ¡oh qué felicidad! ¡Vamos, vamos señoras mar adentro!». Ya nadie las ve ¡glu, glu, glu! para siempre, es el cantar asolador del mar.

Gente de todas las edades corren por la orilla feliz, iluminada por el sol respirando la brisa marina, libre de los horarios cotidianos, de sus cárceles hechas con sólidos barrotes contruidos de finas obligaciones que crecieron junto con su ego e infelicidad. Todos gozan frente al mar olvidándose de sus alrededores, del cáncer a la piel o cualquier tema que les complique el día. «¿Para qué pensar?» Algunos intentan ser ellos mismos, y otros conscientes de que todo cambia en un instante observan aletargados por la dulzura abrasadora del sol lo que pasa alrededor.

¡Caramba, pero qué es eso...! Me levanto de la poltrona a averiguar lo que ocurre. Las olas mojan las toallas de los bañistas, se retiran y retornan incrementando su frecuencia. Los playistas las reciben primero sorprendidos «¡uy mira hasta acá llegó una» pero luego las muecas de terror desatan injurias y profanaciones contra el batallón de olas que arremeten y roban todo lo que encuentran a su paso. ¡Cómo corren asustados e insolados a salvar sus pertenencias! Las cervezas enterradas en la arena para mantenerlas frías ruedan; los niños ruedan también mar adentro y lloran gritando «¡mamá!», como si «papá» estuviera fuera de su vocabulario. *¡Qué hemos hecho nosotros los hombres para no ser nombrados!*, me digo. «Mamá, mamá», pruebo ampararme en esta palabra y me enternezco. Caigo en cuenta que no he visto a mi madre en más de dos años a pesar de que me llama interdiario, «lo siento madre, no soy tu hijo, tal vez su sombra.»

Los bañistas parecen cansados al derretirse sus sombrillas bajo el ardiente sol, se refugian

en los apiñados restaurantes y quioscos para no asarse hasta bien entrado el atardecer. No me he sentido tan solo hoy porque me he entretenido observando la vida de otros en el mar sin anticiparlo. Vuelve a sonar el teléfono, pero no me importa quién sea. Temo otra mala noticia, aunque pudiera ser alguien que me trae luz. Me animo a contestarlo, más por temor de seguir camino a la oscuridad final cada día. Dejo el balcón, pero no llego a tiempo. Reviso las llamadas, mi exsuegro ha llamado tres veces, seguro quiere saber si voy a la terapia y cuándo vamos a ir a una exhibición de arte, tomar una copa, comer algo o, cualquier otra cosa que se nos ocurra hacer como en los viejos tiempos. Nada me importa, aún no puedo sacar los pies del pantano, aún no puedo redimirme de mi culpa.

Me atraen los surfistas, los miras por el ventanal de la sala. Rompen la rutina familiar enfocándose en las olas, *somos uno con el mar como tú y yo lo éramos*. Ves a la muchedumbre que acaba de asaltar a un heladero, uno más en el día, lo han tirado al suelo, su carretilla está patas arriba. Se pelean a codazos y notas una multitud de manos hambrientas bucear en su triciclo. Palpan con esfuerzo para robarse los bombones de chocolate, los barquillos de vainilla, los peziduri, los sándwiches, los jets... *nunca habrá suficientes para todos los hambrientos bañistas*. Me encolerizo y grito irascible: «¡Oigan, ladrones, no le roben el pan de sus hijos!». Te muestran las manos con los helados y te sonríen ofreciéndote uno. Reviento de impotencia y siento el efecto de mi ira apretarme el estómago. Corro al inodoro.

El caos del país se repite a lo largo del día, lo reconozco, y acepto que me he acostumbrado a él. *Quizás sea otro delincuente encubierto de ciudadano modelo*. No, no tengo que pedalear bajo el calor preocupado por los hijos o padres, tampoco tengo una hija, o a una madre o a una esposa, o a mí mismo, o al padre que se marchó y ahora me busca. No tengo a nadie a quien dedicarle mi esfuerzo porque ya no existo ni él tampoco está entre los vivos. Me coronó con espinas y me pregunto *¿de qué le sirvió a Jesús morir?*

3

Minutos antes que entraras al mar por quinta vez impulsado por esa hiperactividad que ningún tratamiento modificó, salían dos cervezas bien heladas de la oxidada refrigeradora de don Juanito. Las puso en el mostrador y nos pidió el pago para no perder amigos; le invitamos una para que supiera que eso no ocurriría. Recordaba mucho a su mujer porque roncaba como su refrigeradora y se dormía tarde con él después de terminar de limpiar los mariscos encargados por algunos restaurantes costaneros y gente adinerada que le pagaba lo que ella consideraba una fortuna.

«¡Ahora sigo adelante solo!», afirmó orgulloso y nostálgico el pescador ido en sus recuerdos. *¡Hueles a yuyos frescos, mujer, arrímate a mí!, anda nomás cómo te prendes al mástil*.

«Tengo buenos recuerdos de mi mujer», dijo como quien se disculpa por su silencio. Nos habló de ella. «¡Con los años la brisa marina marchitó a mi morena, le abrió surcos en su rostro y en sus labios! Una mañana tranquila cuando el día abría como cualquier otro día de verano, lavaba los pescados que recién habíamos comprado llegaditos de altamar para preparar el ceviche. Cantaba de espaldas al mar «quisiera borrar mi pasado», yo la escuchaba a unos metros reparando una red de unos pescadores. Todo estaba tranquilo cuando se levantó una pared de agua y la arrancó de la tierra mar adentro. La vi, y rápido, ahí mismo me levanté corriendo, me enredé en la red. La corté de cuajo. Ella me miraba estirando sus brazos cortitos y rellenitos buscándome, me llamaba “¡Juanito, Juanito ayú...!” y, aunque llegué a agarrarla para arrancársela a las olas con todas mis fuerzas, el mar se la tragó. Hasta lo último luché, pero todavía la escucho tragar agua. Tal vez yo no era para ella porque Dios me la quitó... ya casi la tenía en mi pecho cuando sus brazos me soltaron para siempre. Aunque le rogué “agárrate,

agárrate de mí, gordita, como tú sabes...” A la semana el mar la regresó el doble de su tamaño. La comunidad me ayudó con su cajón y con los gastos para su nicho porque no me alcanzaba para su sepelio. Me di a la pena con otros amigos que andaban buscando razones nomás para tomar, pero me sentía mal porque mi mujer no aprobaría que me emborrachara por su causa; poco a poco salí adelante».

Él y yo nos miramos sin entender la historia de este viejo pescador enamorado de su mujer porque no compartíamos nada, pero ahora que no estás, comprendo su viudez y la mía, sus recuerdos y los míos y mi incapacidad para empatizar cuando nuestra relación se quebraba. Tan ajena su vida a la nuestra y sin embargo tan similar la ausencia. He contado novecientos novecientos cincuenta y seis crepúsculos, ¿Dónde estás? ¿Qué estarás haciendo en la dimensión de tu tiempo?

¿A qué hora llegas? No quiero marcar en el calendario otra cita vacía que termina al atardecer. Por qué no se larga la gente de la playa, no me atrevo a cerrar las cortinas porque me tapiaría la poca vida que tengo. El graznido de una gaviota acalorada me lleva hacia ella, se ha parado en la cornisa del balcón. Quiero volar como ella, lanzarme en picada al mar para sentir el frío del Pacífico y no regresar a las paredes de mi departamento, pero no tengo plumas en los brazos. ¿Por qué no me crecieron plumas si he vivido todo el tiempo frente al mar? Hasta eso me negó la vida. Quiero ser pez, crustáceo o una malagua anaranjada con rayas rojas, un tiburón para ir a buscarte, cualquier cosa, pero solo soy un atormentado incapaz de dejar mi cómodo apartamento, mi estricta rutina depresiva. *¿Cómo podría transformarme en esas criaturas marinas que están cerca a ti?*

Voy a la cocina en busca de agua fresca y hielo, le agrego unos trocitos de limón cuando escucho por el antiguo intercomunicador que dejó descolgado para que el portero no me llame, la querella de dos jóvenes.

—¿Y esta foto con mi mejor amigo en la fiesta de tu tía que publicaste en la Red?

—Me acompañó, como no podías, pensé que era perfecto; mejor que no ir.

—Perfecto, pero qué tiene de perfecto verlos juntos. Mira cómo te agarra aquí y luego esta otra, ¿lo ves?

—Y qué querías, ¿que adoptara un protocolo diplomático con tu A M I G O? ¿Cómo eres de tonto!

—¿Tonto? A otro con eso, cariño [pasos que se lejan]

__ [Grita] Pues, adiós ... Si supieras las partes que le he tocado, gozarías como yo de tu mejor amigo.

Me sorprende la rapidez del intercambio y el final de la relación. Aprendo de estos desconocidos el desapego sentimental o sexual que me es tan difícil por mi devoción al amor y creer que los amantes siempre resuelven los retos que la vida pone con la templanza requerida por las circunstancias. ¡Qué atraso emocional el mío!

Me distraigo notando mis papilas gustativas abrirse a los secretos de la acidez, y los recuerdos se escapan como burbujas submarinas. Tomábamos cervezas y corríamos olas compitiendo por la mejor. Me sonreías apreciando mi masculinidad desinhibida, no te cansabas de comerme con los ojos cuando me veías exudando confianza parado con las piernas abiertas mostrando mi obelisco o, cuando me echaba sobre mi tabla con mi wetsuit amarillo profundo que encandilaban los ojos masculinos y el de las mujeres. ¡Cómo alargábamos nuestros encuentros inventando cualquier cosa! Dejábamos temas pendientes para volver a vernos. En pocos días habíamos reducido la distancia inicial de conocidos a íntimos amigos y, luego a amantes.

Nos ayudábamos a poner y sacar los wetsuits en la playa, remover la arena; te tocaba al enjuagarnos en las duchas públicas. Nos rozábamos jugando como dos orangutanes hasta quedar pasmados en un asalto mutuo y un relinche que ya gemía: *Sí, gózame, sí dame fuego*. Acariciaba

con mi mirada tu abanderamiento prometiéndome cabalgatas a través de mares, acantilados y cuevas marinas.

—Quieto —me dijiste—, vamos a otro lugar.

Te llevé a mi hogar como lo hacen las arañas para cubrirte y envenenarte de mí.

Un impulso y ya. Ahí estamos pisando la arena tibia y las conchuelas depedazadas por el tiempo que se incrustan entre nuestros dedos cuando salíamos del mar. El viento nos obliga a sujetar fuertes nuestras tablas, caminamos confiados. Vamos directamente a la cevichería de don Juanito donde hemos guardado nuestras cosas a cambio de algunos soles; recostamos nuestras tablas contra las paredes enclenques hechas de tablones y hojalata y entramos. Lo llamas varias veces por su nombre y tres fuertes silbidos porque siempre está trabajando acompañado por sus recuerdos como lo estoy ahora yo. Ahí estamos juntos nuevamente un poco antes de que desaparecieras de mi vida y te fueras más allá del horizonte.

Con tu voz ronca y firme le anuncias que tiene dos clientes. Me preguntas:

—¿Qué tomas?

—Lo de siempre —respondo para ver si lo recuerdas.

Nos apoyamos en las embarcaciones varadas después de haber escuchado a don Juanito cerveza helada en mano y te digo un tanto circunspecto

—Mira el horizonte.

Lo miras y me preguntas irónicamente sonriendo:

—¿Y?

—¿Ves algún futuro para nosotros?

Te quedas callado acariciando tu cerveza; y yo excitado, encrespado, ahogando mi relincho esperando tu respuesta.

—No —dijiste con esa fría honestidad agravante clavándome los ojos—, no, no, no veo nada.

No bromeabas; no había anticipado una respuesta tan seca y directa. Arrebatado y lleno de ira como una serpiente hambrienta te ataqué sin compasión.

—¡Evapórate, desaparece muñeco, hasta aquí llegué, no quiero verte más!

Bajaste la mirada por unos segundos y me barriste con tus intensos ojos pardos sin vacilar para fijarlos después en tu cerveza. Estaba sin terminar cuando la pusiste en la arena como quien planea regresar. Respiraste profundamente y me dijiste:

—Ya vuelvo—. Te vi alejarte, encarar las olas con la facilidad acostumbrada de un dios marino.

No me preocupé ni por un momento. Después de un largo rato, supuse que estarías atravesando olas encrespadas por el canal secreto de las ballenas y te habrías unido con el cardumen para perseguir a aquella ola que decías ver más allá de la línea del horizonte, ¿dónde estás?

Entré a buscarte en la marea que crecía ferozmente, pero no te vi. Salí al poco rato porque las olas me cerraban el paso y me revolcaban. Te esperé por dos largas horas más. Busqué a los salvavidas, pero me enteré después de pedir ayuda a los pescadores y a la policía que los salvavidas estaban ausentes por el escaso presupuesto, por eso, solo por eso, no pude hacer nada más por ti. Angustiado y con la ridícula esperanza que saldrías y me dijeras si preferiría esa soledad que había pasado en esos momentos sin ti o lo que teníamos, seguí esperándote. Don Juanito cerró su taberna y la noche se hizo más negra sin el candil de su local. Me quedé sentado en la orilla con nuestras toallas y camisetas, me puse la tuya para tenerte cerca a mí, pues todo era poco para asegurarme de que volverías.

Caminé bajo la noche yendo a diferentes caletas por si el mar te hubiera llevado con la corriente a otro lugar. Podrías estar cansado y necesitar mi ayuda, pero no te encontré por ninguna parte. Pensé, entonces, que no te daba la gana de salir, que tal vez ya habías regresado a tu casa. Tampoco perdía la esperanza de verte salir y, cuando lo hicieras, te diría que este tipo de

artimañas no entraban en el juego. Los pescadores transitaban, algunos regresaban a sus casas después de trabajar en la mar, otros de reunirse con sus amantes. Indagaban entre ellos lo que ocurría observándome a poca distancia. Algunos se aproximaron y aconsejaron

—Tenga cuidado, ya no se meta porque la marea está crecida. Es una noche brava—, comentaban.

Les dije que no había vuelto y que había entrado a buscarte; se miraron entre sí. Sabían que te esperaba, pues nos habían visto juntos en este mismo lugar temprano cada viernes. Callaban sus sospechas que ya eran realidad. A las nueve y cuarenta y cinco de la noche, acompañado de un par de pescadores locales Pirulo y Fredi, fui a la comisaría a reportar que no había salido del mar desde el atardecer. La mujer policía cachacienta comentó:

—¿Y recién se le ocurre venir, ya han pasado varias horas, ruegue que su amigo no esté en peligro — murmuró entre dientes la consabida palabra que expresa impotencia y enojo inefable simultáneamente—: Huevón?

Intenté explicarle que no podría haber hecho dos cosas a la vez. Meterme al mar a buscarte y esperar que la estación de policía contestara uno de los tantos números que cambian a la semana o cada dos por no pagar a tiempo. Además, debo confesar lo evidente, aunque ponga en riesgo mi vida, a estas buenas autoridades no les gusta recibir malas noticias, porque no los compensan por su sacrificio ni por su tiempo y, menos cuando ya están por irse a su casa.

Esa noche me interrogó un sargento llamándome “amiguito”; se me acercó rozándome los muslos bronceados por el sol de ese día, podía oler su masculinidad agria y violenta y sentir sobre mi piel su uniforme; me olió como una zorra traicionera; no era de confiar. No le dije nada de nuestra última conversación, que podría haber definido lo que ahora pasaba. Estuve sereno para evitar problemas con la autoridad, aunque temía por mi vida, porque por alguna razón u otra, estos cazadores encuentran un ángulo infame comprobable, aunque las pruebas sean falsas. Quieren darte una mano, sacarte del problema que ellos mismos fabrican. Me había mostrado su pistola y dicho que tenía una más grande. Era claro lo que quería; esperaba que le agradeciera de mil maneras. Lamentablemente, la policía tampoco podría ayudar a buscarte debido al pleamar que estaría también destruyendo toda evidencia. Esperarían hasta el día siguiente con un poco de suerte, tal vez mañana o cuando se pudieran efectuar las coordinaciones. «El tiempo no importa» —afirmó el sargento mirándome con sus ojos incisivos. ¿Cómo aceptar esta indiferencia? ¿Por qué no hacer algo? Intentar hacer algo demostraría por lo menos un gesto de compromiso cívico. No me quedó otra cosa que imaginar que aparecerías por algún lugar con tu wetsuit azulino un poco asustado, pero vivo gritando: «¡Estoy aquí!». ¿Dónde estaban los Santos peruanos en ese momento cuando los necesitaba? ¿Acaso no escucharon mis confesiones y rezos?

Te encontraron después de dos días encallado entre las rocas de la playa vecina. Te tomaron decenas de fotos de todos los ángulos con diferentes lentes. Tu cuerpo parecía un cachalote y tu cabeza sostenida por el triángulo que formaban tres piedras, te mostraban durmiendo enrollado por algas como un dios marino que ha sido apedreado por algún monstruoso sortilegio. Lloré con los ojos cerrados, con lamentaciones implosivas y solitarias. Ecuánime ante la desgracia, había llegado a la morgue a identificarte solo porque me lo pidieron tus padres de común acuerdo con tu viuda. Te limpié la arena fina escondida en tus cejas oscuras y pobladas que siempre arqueabas, tu fría calma contrastaba con la tórrida mirada con la que yo te recordaba. Tu cuerpo lívido no me invitaba a abrazarte en la noche eterna donde todos, tarde o temprano, llegamos por nuestra voluntad o sin ella. Te recité “Qué es el morir” de autor para mí desconocido que ubiqué en la Red:

Mármol frío, dura nieve...

Por la muerte, que es la mar,

Que todas las aguas bebe.

Me sentí culpable de haberte preguntado sobre un futuro juntos y haber deseado que te evaporases, aunque en este momento te diga imbécil un millón de veces por rabiarse tu pérdida. Perdóname, por haberte querido en ese instante un poco más mío, solo un poco. No te quería para siempre en mis brazos o en mi departamento, por más delicioso que lo pasáramos.

Las autoridades me pidieron que te identificase. Mi lengua se enredó al querer responder. «Rápidamente, por favor, hágalo rápido para cerrar su archivo, los muertos no tienen solución y los vivos son un problema», comentó un fiscal malhumorado.

Estaba allí frente a ti por remordimiento más que por hacerles el favor a tus padres y a tu esposa, quienes sabían cómo eras y lo que ocurriría entre nosotros, pero no previeron que te perderían un día al estar conmigo entre las olas.

El informe oficial de tu fallecimiento se registró y salió publicado en los diarios locales a nivel nacional porque eras conocido por tu empresa de pelucas modernas y de tintes naturales. Los titulares en *El Vocero*, un diario conocido, leía: “Joven empresario de pelucas y tintes naturales de la biodiversidad peruana fue arrastrado por fuertes corrientes en el litoral mientras surfeaba para relajarse del estrés, el 16 de abril del corriente después de una larga y exigente jornada de compromisos” —explicó el diario “habría sido un milagro salvarse de la brava marea que castigó toda la costa peruana.” ¿Sería verdad? Quise creerlo y sin embargo suponía que tu intención había sido otra, solo tú y el mar lo saben, o acaso yo invoqué las fuerzas marinas para que te esfumaras, lo que no he confesado a nadie. Cómo olvidarme que fui yo quien peticioné tu ida sin retorno, por eso te vararon las olas en las condiciones en que estás. ¿Qué podría hacer ahora que ya es muy tarde?

Después de leer *El Vocero*, empecé a pensar cómo reportarían otros diarios este suceso si supiesen que habíamos discutido y que éramos amigos y amantes. «Ejecutivo bisexual se suicida por pintor surfista de cuestionable reputación conocido por sus trabajos eróticos y actuaciones públicas como el “Dragón y su jefe”». Otros hubiesen publicado la misma noticia con mayor desprecio: «Ejecutivo bisexual se suicida por amante marica». Esto habría sido otro agravio contra gente como tú y yo, un sector importante de la humanidad. ¿Y mi vida, y la tuya y la de tu familia? Quedaría en una sonrisa informativa con el propósito de revolearle los ojos a los lectores aburridos con su propia vida y venderles más deshumanización en secuencias. Recuerda que fuiste tú quien dijo «no a mi pregunta ¿ves un futuro para nosotros en el horizonte?» Te quería conmigo, para mí, en ese momento, pero no para siempre, recuérdalo, aunque vivas en mis pensamientos, en esta tempestad de recuerdos que giran desde hace novecientos cincuenta seis noches. ¡Me haces falta! «¡Sálvame de la jauría de esos animales ahora que eres mi dios marino!» ¿Trataría la prensa con igual indignación a las hembras bien hembras como nos trata a los machos bien machos como tú y yo, y otras misturas que se atraen y apasionan? Los raros no somos nosotros los libres para amarnos, sino son aquellos que nos desean y quieren un poco de nosotros, aquellos que nos sacrifican porque tienen ganas de vivir, querer y conocer la intimidad. «¡Protégeme de los ultrajes!».

Entra la noche novecientos cincuenta y siete mientras languidecen las bocinas de los heladeros que se distancian en un lento pedaleo cuesta arriba. Van trepando los acantilados hacia la ciudad donde entregarán cuentas y guardarán su triciclo antes de ir a sus casas, donde planearán tarde o temprano su venganza. Todo se repetirá al día siguiente con pocas variaciones hasta que llegue el invierno y los heladeros deban encontrar otras muchedumbres y otros productos con que ganarse la vida o morir en la ilusión de hacerlo. Tal vez envíen a sus niños a la calle a vender caramelos, chocolates, lo cual los hará más pobres y tristes.

Las voces de los bañistas también titilan y el silencio me deja escuchar las olas cargadas de caracoles que se acercan bamboleando y rugiendo tu nombre. Te revuelcan, te estrellan contra

las peñas y arrastran a la la orilla, junto a crustáceos y piedras que se unen al ronquido marino, mientras los surfistas acostumbrados a esa danza toman una ola, la corren y caen del lomo afanándose por conseguir otra mejor con la que abrazarán la vida y la muerte en esa unión adictiva que conoces y aún me deleita, aunque te haya perdido.

Como ellos, nos aventurábamos mar adentro sintiendo el placer del esfuerzo de montarnos, deslizarnos entre crestas y terminar juntos en la culminación del goce y el riesgo. En la orilla de mi departamento o, en algún lugar desconocido sin historias, solos satisfechos de los pequeños regalos que nos dábamos minuto a minuto. Ah, esos prolongados deleites de libertad que nos protegía de las miradas circumspectas o del vil cotorreo de la gente; caminábamos inmutables a las críticas. Sonríó al recordar y te espero un rato más, siempre te espero un rato más. Imagino las olas a la distancia esta noche con surfistas saliendo del tubo llenos de espuma. Revivo el desafío de templarse con agilidad sobre la tabla hallando el equilibrio entre quiebres y zigzagueos. La nostalgia me invade. Bebo el quinto vaso de agua fría con limón que sustituye el café de la mañana y el alcohol que consumía; sigo las recomendaciones médicas tardíamente con mayor voluntad y disciplina porque necesito desenredar mi propia historia. Mi lengua saborea la acidez. Esputo una pepita de limón y me enfrento a olas hinchidas de palos, plásticos y pedazos de mundo; me sofoco. No hay dónde resguardarme, debo ser valiente para encontrarlo otra vez.

Quiero huir, sé que se fue persiguiendo la ola que creyó ver más allá de la línea del horizonte, en ese lugar que traspasa la noche y el día, la luna y el sol, la vida y la muerte, pero no puedo aceptar que me dejara. Lo ves como tantas otras noches alejarse de ti sonriendo como un chiquillo atrevido e ingenioso, asombrado por la inmensidad de una cresta más platinada y grande que la tuya, te aseguró al verla burlonamente mientras corría hacia ella. Se volvió una orca, en cuanto el mar cubrió su piel, fue espuma y se alejó siguiendo el silbido de las ballenas hacia aquel que lo cautivaba a la distancia. ¿Qué tipo de ola sería? ¿Có Nazaré o Mullaghmore o tal vez Jaws o una parecida a la Cortes? El vaivén del recuerdo te obliga a buscarlo en el horizonte del tiempo porque sabes que trascendemos la realidad. Ah, mi suerte. Muchas noches después de surfear subíamos a mi auto camino a mi departamento. Él se lanzaba a saborearme perdido entre mis muslos desafiando mi pericia automovilística; los ojos se me blanqueaban hasta casi perder la conciencia, pero los agravios de los conductores me la devolvían antes que cometiera masivas tragedias viales y peatonales. Ves la espuma de las olas y escuchas el silbido del viento.

4

Subíamos las escaleras de tres en tres escuchando el campanear de nuestros testículos que se preparaban para encañonarse en la batalla. Abríamos la puerta como tigres en celo. El último le encajaba una patada. Éramos una pareja doblemente masculina. Le digo como si estuviera conmigo, me gustaba pintarte sobre las mejores olas en todos los amaneceres, atardeceres y eclipses, extendiéndome hasta la vía Láctea para captar tu vitalidad en los paraísos perdidos que creábamos. Andamos despeinados por el oleaje que provocábamos. Nos dejábamos arrastrar hasta navegar en el sueño. Me contabas que la intimidad con tu esposa era diferente, la deseabas de otra manera. Te gustaban sus pechos relativamente blandos después de darte tres hijos, sus caderas redondas y por aceptarte como eras. De mí te gustaba el doble paquete ¡yo era la ganga! Te ibas al día siguiente después de desayunar solo un expreso sin azúcar mientras yo devoraba los croissants de chocolates que ordenabas especialmente para mí, tu rey, con quien le robabas tiempo al tiempo en otra cabalgata colosal.

Rema mar adentro pasando la rompiente de las olas en serie, supera una tras otra hasta que desaparece. «Dónde estás,» me digo y me levanto, corro y me zambullo, quiero alcanzarte, *dónde estás*. Las olas me impiden el paso hacia ti, lucho por cruzarlas, caen sobre mí y aplastan

contra el piso marino, resurjo y temo lo que pienso, «dónde estás,» grito tu nombre y oigo un ronquido letal, te recuerdo.

Vuelves como las olas, «lo has hecho nuevamente», te digo, pero por un segundo dudo que puedas haberte abierto paso entre las islas de plástico flotantes y las fuertes corrientes que comen la playa, pero estás aquí conmigo, lo sé porque tanteo tu pecho, recorro tus brazos compactos, redescubro tus pectorales con los que abrazabas tu tabla y a mí remando mar adentro. Siento tu respiración fría cada vez más fuerte en mi nuca y me acostumbro a ti. Besas mis pies y siento tu tenue aliento oceánico emanar;—«unimos la vida y la muerte», me dices. Me entrego dejándote escalar mis muslos, pareces un pez. Cuando susurras nuestros secretos de tantas noches compartidas, me arrancas carcajadas que me recuerdan que estoy vivo y un poco loco por ti aún. Te detienes y haces un altar de mi sexo, coronas mi lindo prepucio con yuyos y caballitos de mar que me has traído de regalo; «eres mi caballito y yo el tuyo,» Montados las olas nos mecen en la noche.

«Soy tuyo», me dices. Resbalo mi mano izquierda sobre los ángulos de tus caderas. *Mmm, Algo delicioso*, resuenan nuestros jadeos. Creo besar sus ojos, tu nariz, tu boca, tu cabello rizado chorreando mar, me embebo de ti.

Te confieso:

—Me gustas cuando regresas, me haces mucha falta.

—Estamos más allá del horizonte —susurras.

—¿Estamos atrapados en la realidad del tiempo?, ¿será posible?

—Estamos juntos en tu orilla.

—Has venido como las olas que tornan eternamente

—Por ti, para llevarte conmigo.

—¿Por mí? Con esta intimidad secreta y macabre me es suficiente, aunque no halle paz. No es necesario que me lleves, más bien, vuelve cuando quieras. Le canto una canción para disudirlo de su horripilante idea «¡llevarme!».

«Nuestro amor murió, todo terminó, qué vamos a hacer, así es la vida»; continuo, «yo te extrañaré, te recordaré» pero no me lleves al fondo del mar...; pero no cambia de idea mi caballito de mar.

—Me abro paso entre la marea, lucho contra la basura marina y a través del ojo del remolino he logrado salir para estar juntos esta noche. Me acompañarás hasta que atraviese la línea del horizonte donde descubriré lo que busco. Llevo novecientas cincuenta y siete noches con esta braceando mar adentro hacia la cresta platinada que vi y nunca llego porque tu tristeza me transporta a ti y no quiero abandonarte.

Lo miro y me reflejo en sus ojos pensativos que me observan con desconsuelo, ternura y asombro. «Tu tez espectral es más fría que el Pacífico,» te digo regalándote mi larga sonrisa de payaso que te gustaba tanto. «Ven conmigo,» me insistes.

Asistí a tu velorio y entierro vestido de terno gris, camisa azulina, corbata blanca y sombrero azulino de ala corta y zapatos del mismo color. Toda tu familia te echaba de menos y recordaban con mucho afecto. Cuando entré al velatorio me acuchillaron algunos ojos flotantes, afilados y telegráficos. Se inquietaron al verme y sentenciaron, excepto tu padre, quien muy sereno y pecho abierto se acercó a mí con paso firme para recibirme.

—Sabía que vendrías —sonrió.

Sabía bien de qué iba el asunto entre nosotros. Escuché un coro de voces culpándome. Tu padre se incomodó por la situación, algo comprensible, pero sin encubrir su dolor y tu bisexualidad me tomó del brazo como buenos amigos y nos dirigimos al bar portátil que había contratado como parte de tu servicio fúnebre. Tus padres sabían que eras muy feliz conmigo y también con tu esposa. Ella se mantuvo erguida y tranquila con tus tres hijos, quienes se turnaban

en acompañarla y jugar o hablar con sus primos e hijos de tus amigos. Me saludó a la distancia; le respondí de igual manera inclinando la cabeza, pues no era el momento de profundizar una amistad que nunca existió. Ella era un universo humano de tranquilidad, un territorio amplio, atrevido y atrayente a pesar de estar vestida con terno gris. Sus colores naturales y energía orgánica se escapaban en sus mejías y sus curvos movimientos. Me acercaba a ella después que te cremaron, cuando tu madre la abrazó. Reconocí que era el momento de partir y dejarte con los tuyos. Al notar esto, el águila de tu padre me despidió en voz alta para que todos escucharan, me dijo firmemente:

—Adelante, la vida continúa.

—Sí y no —le respondí revelando mi infierno.

—Adelante cualquiera que sea el camino —replicó y se alejó para unirse a tu madre, quien te celebraba fervorosamente bebiendo refrescos retocados con Pisco, cuyo aroma me acarició la nariz.

Llevaba la peluca escarlata de largo bucles que le regalaste para su último cumpleaños, 73 años. Respiré hondo y me acerqué a ella con un poco de temor a ser rechazado.

—A mi hijo le parecía que debía usarla seguido porque realza mi belleza —me dijo feliz, señalando la peluca escarlata.

Tú la seguías haciendo feliz, comprendí sus palabras, las que ahondaron mi desolación porque conocí en ese momento al hombre, a quien no había llegado a percibir: al hijo, al amante y al padre responsable que mantiene el derecho a su amplitud sexual.

«Este es nuestro último encuentro, te susurro», y hallo la valentía de trascender el erotismo, nos abrazamos sintiendo nuestras mejillas hirsutas como si nada hubiese cambiado.

—Aquel atardecer dejé de sentir y de saber quién era al no tenerte en mi vida —me confieso—. Me quedé sepultado dentro de mí por tantas noches como si me hubieran sellado todos los poros de mi cuerpo.

Hoy, que has venido a llevarme, las palabras de tu padre «adelante, cualquiera sea el camino», me dan el coraje que necesito para decirte adiós, no quiero acompañarte nunca a la línea de tu horizonte. En ese instante, me vino a la mente el más simple proyecto con el que pretendería trascender el peor momento de mi vida, tu pérdida. Decidí trazar la esperanza para volver a mí ante tu deseo de llevarme para que no te convoque más, te libero y me libero. Llega a la línea del horizonte y encuentra lo que desees; yo seguiré viviendo como sé hacerlo y no me despeñaré como una gaviota suicida.

Me besas en la frente, alborotas mi cabello entrecano que me hace parecer a María Antonieta; me sonríes como si esto fuera lo que querías siempre para mí, mi libertad. Te contemplo alejarte entre la espuma del mar, braceando, desapareciendo entre las olas, volviendo al horizonte que juntos contemplamos y donde por fin descansarás sabiendo que yo retorno a la vida y tú al más allá de tu horizonte.

He vivido por novecientas cincuenta y siete noches bajo una nube negra que se alimentaba de mi dolor, pero hoy se ha ido como tú. Me arreglo para salir a una exhibición de pinturas contemporáneas en el Museo de la Nación. Retornaré todas las llamadas y aceptaré la de tu padre. Me reencontraré en los caminos de la vida. Pintaré otra vez, invitaré a amigos a cenar y tertuliar; trotaré, mugiré, rodaré en la tierra, el mar y el cielo, y disfrutaré de amar y haberte amado hasta el profundo horizonte. Me van saliendo plumas para sobrevolar el mar de desafíos e incertidumbres que hace la vida una aventura. Nocturna no ha vuelto a torturarme.